

EL VIAJE DEL SATÍRICO. MARTÍNEZ VILLERGAS EN MÉXICO

Raquel Gutiérrez Sebastián

Universidad de Cantabria

Resumen

La investigación plantea el estudio de la obra de Juan Martínez Villergas *Viaje al país de Motezuma*, en la que se refleja la mirada del escritor satírico español sobre México y sus habitantes. Es un estudio acerca de la relación de Villergas con México, una relación llena de matices, desde la admiración a la crítica feroz, desde la indiferencia hacia el paisaje a la observación y pintura demorada de los tipos que pueblan las calles de México, como por ejemplo los léperos.

Se trata de una obra desconocida, a caballo entre los libros de viajes y los escritos de memorias, que se ha localizado dentro de otra obra del propio autor y que tiene un considerable interés.

Palabras clave

Martínez Villergas, México, literatura de viajes.

Abstract

The research raises the study of the work of Juan Martínez Villergas *Viaje al país de Motezuma*, which reflects the satirical spanish writer on Mexico and its inhabitants.

It is a study about Villergas' relationship with Mexico, a relationship full of nuances, from admiration to fierce criticism, from indifference towards the landscape to observation and delayed

painting of the types that populate the streets of Mexico, as for example the leperos.

It is an unknown work, halfway between travel books and memoirs, which has been located within another work by the author himself and which is of considerable interest.

Key words

Martínez Villergas; Mexico, travel literature

El “relato de viajes”, o la literatura de viajes, plantea *per se* algunos problemas, que han llevado a los investigadores a oscilar entre su consideración como paraliteratura o subliteratura, o su plena aceptación como género literario, en atención a algunos de sus caracteres y, sobre todo, al hecho de que como literatura la considera el lector. En este sentido, son reveladoras las ideas de Todorov: «Nada impide percibir como literaria una historia que cuenta un hecho real; no hay que cambiar nada en su composición sino decirnos simplemente que no nos interesamos por su verdad y que la leemos como literatura.» (Todorov, 1978: 16).

Varios trabajos, entre los que podemos destacar el de Peñate Rivero (2004) han esquematizado las posturas de la crítica en torno a la problematización de este tipo de obras. Beatriz Colombi (2004) se plantea asimismo el concepto de literatura de viajes y subraya la pluralidad de ideologías, géneros, temáticas e imaginarios que la conforman y Luis Alburquerque, en un trabajo cuyo propósito es justamente señalar las características principales del relato de viajes como género literario, lo define como un discurso narrativo que tiene como motivo un viaje y cuya narración se subordina a la intención descriptiva. Suele adoptar la primera persona y se acompaña de ciertas figuras literarias que, no siendo exclusivas del género, sí al menos lo determinan (Alburquerque, 2014). Señala el mismo autor que los libros de viajes se articulan en tres elementos, a menudo contrapuestos: lo factual frente a la ficción, la descripción o la narración y en tercer lugar, el binomio objetividad frente a subjetividad (Alburquerque, 2014).

Teniendo en cuenta ese carácter problemático, la distinción, aún no suficientemente resuelta entre libro de viajes y relato de viajes y el hibridismo de este tipo de obras, me propongo a lo largo de las

siguientes páginas estudiar el libro *Viaje al país de Motezuma*, del escritor satírico español Juan Martínez Villergas (1817-1894), un autor vallisoletano escasamente tratado por la crítica, un terrible polemista, un enemigo temible, un audaz y enconado satírico, un crítico que no siempre se dejó llevar por la templanza y un denodado escritor, periodista y fundador de periódicos.

Martínez Villergas nace en Gomeznarro (Valladolid) y tras unos años de formación, marcha a Madrid e intenta abrirse camino en el mundo literario.

Entre sus primeras empresas periodísticas está, en 1841, la fundación de la empresa editorial La Sociedad Literaria de Madrid, que emprendió con Wenceslao Ayguals de Izco (Álvarez Barrientos, 1995). En esos años madrileños alterna la escritura de obras dramáticas, la poesía satírica y las colaboraciones en prensa, frecuentísimas. Durante la Regencia de Espartero publica dos violentos poemarios de versos satíricos contra este general y la reina regente María Cristina, titulados *El baile de las Brujas* (1843), texto feroz por su censura del absolutismo y las guerras, y *El Baile de la piñata* (1843), en el que formula una acidísima crítica a los moderados y un escarnio verbal a Prim. Estas dos obras produjeron gran agitación en los ambientes políticos, y el Gobierno denunció los ejemplares y los sacó de la circulación. El escritor huyó a su pueblo, desde donde siguió colaborando en el periódico *La Risa* con el envío de artículos, bajo el título de “Costumbres rusas”, en los que en realidad recreaba la vida en su aldea. Al poco tiempo, Villergas volvió a Madrid y continuó probando fortuna en el cultivo de todos los géneros literarios y no dejó de emplear su ingenio en la prensa satírica, trabajando como redactor o dirigiendo diversas cabeceras periodísticas. La acidez de sus textos lo llevó a la cárcel a la llegada de Narváez al poder. Para ser liberado tuvo que arrepentirse y retractarse de las virulentas críticas que había hecho contra este general, pero su salida de prisión lo dejó en una situación bastante expuesta. Sus correligionarios lo acusaban de haberse vendido al poder, mientras que sus enemigos lo vigilaban (Alonso Cortés, 1910). Es en esos momentos cuando decidió marchar a París con su esposa, la zamorana Inocencia Fernández, con la que había contraído nupcias en 1850 y a su llegada, en 1852, comenzó Martínez Villergas su colaboración en *El Eco de Ambos Mundos*, que publicaba Ignacio Boix, y al año siguiente se le

encomendó dirigir la sección ilustrada que inauguraba entonces *El Correo de ultramar* (Gutiérrez Sebastián, 2017).

Desde este periódico se esforzó en presentar a los lectores la realidad española, deteniéndose especialmente en dos aspectos: las costumbres de nuestro país y los literatos de su tiempo. Esto último dio origen a una serie de extensos análisis de la obra de Bretón de los Herreros, Martínez de la Rosa, García Gutiérrez, Gil y Zárate, Hartzenbusch, Zorrilla, Ventura de la Vega, Patricio de la Escosura, Eugenio de Ochoa, Romero Larrañaga, Rodríguez Rubí, Lafuente, Mesonero Romanos, Campoamor y Ayguals de Izco, textos que posteriormente recogería en forma de libro en *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos* (1854), añadiendo además para el volumen sus valoraciones sobre los hermanos Asquerino, Gómez de Avellaneda y Eugenio Florentino Sanz.

Tras esta experiencia parisina y de nuevo en la Península, funda el periódico político *El látigo*, pero pronto emprende nuevo viaje como cónsul a Newcastle (1855-56) y después llega a La Habana y crea *La Charanga. Periódico literario, joco-serio y casi sentimental, muy pródigo de bromas, pero no pesadas, y de cuentos, pero no de chismes, muy abundante de sátiras, caricaturas y otras cosas capaces de arrancar lágrimas a una vidriera* (Habana, 1857-1858). En el año 1858 realiza un viaje desde Cuba a Méjico, que narrará en su opúsculo *Viaje al país de Motezuma*, obra que estudiaremos en este trabajo, y funda en la capital mexicana el periódico *Don Junípero. Periódico Nigromántico, Agridulce y Joco-serio, al nivel de las circunstancias*, del que solamente se publicará un número, ya que el periódico será censurado y su autor expulsado del país. Unos meses más tarde, ya en La Habana de nuevo, en 1859, funda el periódico *El Moro Muza*, una empresa periodística de inusitada duración, pues se publicará durante cuatro temporadas: 1859-61, 1862-64, 1869-71 y 1874. En él colaboró con el excepcional dibujante Víctor Patricio Landaluze, que acompañará a Villergas en el viaje mexicano presentado en las páginas del libro de viajes que estudiamos en este trabajo. A lo largo de los años, *El Moro Muza* fue cambiando y una publicación que había comenzado con un talante cultural, derivó pronto, y especialmente a partir de su tercera entrega, en un periódico político en el que Villergas repartía sus críticas entre el partido republicano y los proindependentistas cubanos (Wright, 2007). Desde 1857, fecha de

su primer viaje a La Habana, hasta 1889, cuatro serán las principales ocupaciones de Martínez Villergas: la política, los viajes, la escritura en la prensa periódica y la publicación de unos cincuenta libros de diversos géneros. Finalmente, cansado de sus fracasos periodísticos y políticos, decidió regresar a España y retirarse a Zamora en julio de 1889, donde, aunque enfermo, llevó una vida tranquila y continuó cultivando la literatura y el periodismo hasta su muerte, el 8 de mayo de 1894.

Un viaje a Méjico desde Cuba

En 1855 Juan Martínez Villergas había desempeñado el cargo de Cónsul de España en Newcastle, y por sus buenos oficios durante el año que ejerció como tal, fue nombrado por Espartero Cónsul de España en Haití. Cuando Villergas y su esposa llegan a esa isla, su nombramiento ha sido revocado por el general O'Donnell. Se encuentra, por tanto, sin oficio que desempeñar, sin dinero, en un país extraño y lucha por salir de esa situación. Viaja a La Habana y allí se dedica a buscarse la vida con lo que mejor sabe hacer, fundar periódicos y escribir en ellos. Es esa vocación viajera del autor y fundamentalmente sus muchos viajes de ida y vuelta de España a Hispanoamérica lo que llamó la atención de la crítica del siglo XX (García Castañeda, 1972 y García Castañeda, 1973), crítica que posteriormente se ha centrado en diversos aspectos de su obra (Álvarez Barrientos, 1995; García Tarancón, 1997; Cantero, 2005; Wright, 2007; Andrea Román, 2014; Thion Soriano-Mollá, 2016; Gutiérrez Sebastián, 2017 y Andreu Miralles, 2019).

Uno de los primeros trabajos de Martínez Villergas como periodista en Cuba fue su colaboración en el periódico de *La Charanga*, junto con Víctor Patricio Landaluze (1830-1889), un pintor y caricaturista muy reputado, con el que le uniría una gran amistad y con el que acometió varias empresas literarias. Especialmente fructífera fue la colaboración entre ambos en *El moro Muza*, publicación en la que sus dibujos humorísticos y leyendas de corte político dirigieron su sátira incisiva, a partir de 1868, contra las filas independentistas, acompañando los textos de Villergas.

Ambos amigos, el pintor y el escritor satírico, una suerte de Quijote y Sancho Panza, que se intercambian los papeles en varios

momentos del discurso textual, emprendieron un viaje a México en mayo de 1858. La voz de Villergas es la que nos relatará en primera persona los pormenores de ese viaje, salpicando su relato con elementos humorísticos, como juegos de palabras o hipérboles.

El texto, que se divide en seis partes, probablemente se publicó en la prensa, por entregas, aunque no he podido localizar esa publicación, y se editó en formato de libro, al final de la novela *La vida en el chaleco* en 1859, unos meses después de la vuelta de Villergas a Cuba. La datación del texto en torno a la primavera o verano de 1859 podemos corroborarla con la referencia en el mismo a la “reciente batalla de Solferino.” (Martínez Villergas, 1859:30), batalla entre Napoleón III y Francisco José I de Austria, que tuvo lugar el 24 de junio de 1859. La novela y el relato de viajes que se localiza tras ella, sin que sepamos las razones de esa colocación de ambos textos en un mismo libro, ni si esa disposición contó con el beneplácito de su autor, son obras escasamente conocidas. Críticos como Alonso Cortés aluden a ellas sin que ninguno dé una exacta explicación de su contenido y el citado Alonso Cortés señala que:

Las peripecias de este viaje están donosamente referidas por Villergas al final de su novela *La vida en el chaleco*. En Veracruz tomaron una mala diligencia, y cerca de Amozoc les echaron el alto tres bandoleros de los llamados allí compadres, y ellos se defendieron a tiros, de los que salió mal herido uno de los salteadores. (Alonso Cortés, 1920: 68).

Podríamos deducir de las palabras de este investigador que el libro *Viaje al país de Motezuma* pertenece al relato novelesco *La vida en el chaleco*, sin que tenga que ver con él ni en contenido ni en forma y esa relación se establece únicamente porque aparece colocado detrás de la novela en un mismo volumen. Esta práctica de encuadernar obras que no tenían relación entre sí, pero que pertenecían a un mismo autor sabemos que era frecuente en la literatura decimonónica y estaba auspiciada sobre todo por bibliófilos, que, evidentemente, no tenían en cuenta el interés filológico por conocer el soporte material de la publicación de las obras.

El viaje emprendido por Martínez Villergas y Víctor Landaluze produjo dos manifestaciones artísticas diferentes, el libro al que me estoy refiriendo por parte del escritor y una serie de apuntes gráficos

de Landaluze sobre los tipos, las costumbres y los paisajes mexicanos, dibujos que fueron donados por su viuda al Museo Nacional de Bellas Artes de Cuba. Precisamente ese afán del pintor de empararse del mundo mexicano y especialmente de sus tipos humanos se convertirá en una suerte de tic humorístico que repetirá Martínez Villergas a lo largo de las páginas del libro. Así, mientras el escritor está describiendo los sublimes paisajes montañosos cercanos a la ciudad de Orizaba, dentro de la tópica de exaltación de los paisajes americanos presente en muchos relatos de viajes a ese continente, desliza comentarios irónicos sobre el quehacer del pintor que le acompaña: “ya Landaluze había salido a paseo y andaba sacando retratos de todos los indios que veía y a quienes tomaba por legítimos descendientes de los famosos tlascaltecas.” (Martínez Villergas, 1859:7). Siempre en ese contraste humorístico, juego de inequívoca raigambre cervantina, mientras el escritor admira en el Museo de México las armas de las civilizaciones precolombinas apunta: “mi amigo Landaluze, el cual no me hizo ningún caso por hallarse muy entretenido en examinar algunos dibujos y manuscritos atribuidos a los tlascaltecas.” (Martínez Villergas, 1859:19). El resorte humorístico se reitera cuando tras la escena de un pícaro lépero que pretende mojar a los caballeros mientras simula ayudarles a cruzar las calles anegadas por un aguacero, la voz narradora señala que: “hubiera yo querido apalear al pícaro que me había hecho pasar tales apuros; pero se averiguó que aquel lépero era tlascalteca, y Landaluze intercedió en su favor como era natural.” (Martínez Villergas, 1859:24).

Son las dos perspectivas, la del dibujante ensimismado por lo que ve, una suerte de Quijote embebido en una obsesión, y la del escritor satírico que nunca deja descansar su punzante verbo crítico.

Como era notorio en su época y como ha subrayado la crítica (García Castañeda, 1973) Martínez Villergas fue, ante todo, un escritor original en cuyo espíritu, inspiración y producción literaria fue la veta satírica el aspecto más sobresaliente¹. Y esta veta satí-

¹ Sobre el carácter satírico de la obra indicó García Castañeda: “Puede que, envanecido por la popularidad, llegara a considerarse sucesor de su admirado Larra y aun del mismo Quevedo, con quien se le comparó más de una vez; quizá por su escasa fortuna en otros géneros literarios, Villergas hizo una especie de sacerdocio de su principal actividad: “Todos los pueblos prefieren la sátira a todos los demás géneros de literatura, no sólo porque les divierte,

rica, de sátira combinatoria de prosa y de verso ácido y burlón, de crítica literaria punzante, de destrucción de sus enemigos literarios y de combativa censura política era para el escritor un elemento que no podía evitar en ninguna de sus producciones escritas. Por eso, el *Viaje al país de Motezuma*, que es un relato de viajes, reviste un extraño carácter debido a esa vertiente satírica que permea todas las obras de Martínez Villergas. A esa condición burlesca hemos de unir también el carácter misceláneo del texto, a veces narración de sucesos, otras, descripción de paisajes; en unos momentos, pintura de costumbres y en otros, censura política.

El carácter híbrido del texto se aprecia desde sus primeras páginas. Se inicia con unos párrafos humorísticos, a modo de relato en primera persona, en los que, con un lenguaje a caballo entre el suave humor cervantino y la sorna quevedesca, el narrador explica los supuestos motivos que le incitaron a dejar Cuba:

Yo no puedo trabajar con el calor. Verdad es que lo mismo me sucede con el frío, de modo que, a pesar de mi buena voluntad, trabajo poco en todas partes, y nunca me faltan pretextos para la disculpa. Cuando estoy en un país frío, me parece que no descansaría mi pluma si el clima fuera caliente, y al verme en los trópicos digo para mi sayo: “¡Ah! ¡con qué gusto escribiría yo diez pliegos diarios si estuviese en la Siberia!” De todo esto se deduce que yo sería feliz si se suprimieran tres cosas, a saber: el frío, el calor y el trabajo.[...] Huyendo yo, pues, el año pasado de las bromas de Faetonte, que parece ser en estas tierras el mayoral del carro del sol, emprendí mi viaje a la República mejicana en compañía de mi amigo Lanzaluze, que, según me dijo, no quería morirse sin conocer a los tlascaltecas.” (Martínez Villergas 1859:1).

A este inicio humorístico le sigue la narración de los habituales inconvenientes del viaje en barco, incrementados por la cuarentena que tuvieron que pasar a causa de una epidemia de viruelas y de la también tópica recreación en el paisaje que se reitera en los relatos de viajes. Se trata de textos en los que Villergas parece un viajero ro-

sino porque ven en ella un freno contra las demasías de los poderosos, y un remedio a la corrupción de costumbres” (García Castañeda, 1973:137-138)

mántico costumbrista, al modo de Mesonero Romanos, que se queja, por ejemplo, de los mal trazados e incómodos caminos de México:

Todo aquello puede llamarse todo lo que se quiera menos camino. La diligencia no hace más que ir buscando continuamente la superficie menos escabrosa en un terreno que nadie se cuida de nivelar, y a pesar del cuidado de los mayores, los pasajeros van durante las 30 leguas que separan a Orizaba de Veracruz sufriendo tales encontronazos de frente, de costado, de abajo arriba y de arriba abajo, que sin necesidad de volcar llegan plagados de contusiones. (Martínez Villergas 1859:4).

A esta mirada exterior, que relata lo que aprecia distinto a lo propio, o lo que le llama la atención, corresponden también los pasajes del texto que anotan una costumbre pintoresca, como la que tienen los mexicanos de llamarse unos a otros generales, la alusión a la bebida del pulque, o los excelsos paisajes montañosos, especialmente los volcanes que dentro del mundo natural es lo que más llama la atención al narrador del *Viaje al país de Motezuma*. Le interesan asimismo árboles grandiosos como la higuera de Cuyoacán, el bosque de Chapultepec y el de Tacuba o el llamado *Árbol de la noche triste* porque bajo sus ramas lloró Hernán Cortés su derrota.

La mirada epidérmica y exterior emparentada con la de los costumbristas españoles, especialmente con Mesonero Romanos y Larra, se muestra también en la inclusión de algunos pasajes relativos a los entretenimientos de los que pueden gustar los viajeros en México, como las visitas a calles, monumentos como las catedrales de México, Puebla o Guadalupe, que es la que más le llama la atención, o al palacio de Minería, los establecimientos mercantiles, las partidas de cartas y el juego en general, al que dedica bastantes párrafos, las picantes comidas, como el “*mole de guajolote*, del cual solo puedo decir que para comerlo se necesita preparación y es forrarse el interior de la boca con hoja de lata,” (Martínez Villergas 1859:37), las fiestas, sobre las que señala jocosamente “en los pueblos de la República no ha de preguntarse cuando es día de fiesta, sino cuando no lo es;” (Martínez Villergas 1859:29) o la asistencia al teatro Nacional, en el que Villergas tiene oportunidad de ver en escena una obra de Luis de Larra titulada *La planta exótica*,

que le parece francamente aburrida. A ella dedica un jocoso comentario negativo el satírico Villergas:

fijé más mi atención en el acto segundo del drama vegetal que se estaba representando, cuyo acto me llenó verdaderamente de admiración, no porque fuese bueno, sino porque era más malo que el primero, cosa que parecía imposible. Sin embargo, el tercer acto fue peor que los dos juntos, por más que el caso se juzgue inverosímil, (Martínez Villergas 1859:21).

También se recogen referencias a las vestimentas o el trato entre gentes mexicanas, y, sobre todo, aparecen algunas escenas costumbristas, una de ellas en el transcurso del viaje desde la zona marítima a México y la otra acontecida en la propia ciudad. La primera de ellas es la escena de los bandoleros. Aunque los avisos de la posibilidad de que los viajeros que han llegado de La Habana por la Punta de Yucatán a Veracruz y de allí a Tampico, Orizaba, Córdoba y Puebla y que culminarán su itinerario en la ciudad de México sean asaltados por los bandidos es una constante en todo el texto, es en los alrededores de Puebla donde son finalmente atracados. Los buenos oficios de uno de los viajeros, más experimentado y que ha provisto a sus compañeros de viaje de trabucos, les hace salir con éxito del trance del intento de robo. El lance es referido donosa, plástica y jocosamente por el narrador en lo que podría ser un claro antecedente de una escena de una película del oeste:

Por esta explicación y porque ya estábamos muy cerca según nos dijeron los que iban fuera, todos los pasajeros nos disponíamos para ver el árbol famoso, cuando, ¡pum! un tiro disparado a la izquierda del camino nos hizo conocer que allí estaban los *Compadres* y que no tenían al sitio todo el respeto que me suponía. Paróse al momento la diligencia y vimos venir hacia nosotros tres hombres, dos a caballo y uno a pie, todos armados del correspondiente trabuco, pistolas, etc. y cubriéndose la cara desde los ojos para abajo con un pañuelo. Así se disfrazan siempre los ladrones mexicanos, y por eso sin duda el pañuelo ha tomado en toda la República el nombre de *mascada*; pero vamos al caso. Los tres bandoleros, ahuecando la voz para más asustarnos, proferían

gritos horribles a medida que se acercaban. “Allá va, eso,” dijimos entonces los pasajeros y soltamos una descarga de la cual uno de los tres *Compadres* quedó mal herido, y tanto que, según buenos informes, murió pocos días después. El efecto de nuestra contestación fue completo; los tres bandidos apelaron a la fuga, si bien se volvían de vez en cuando para descargar sobre nosotros sus trabucos; pero aunque nos dispararon cuatro o seis tiros de este modo, tal debían tener el pulso que no pudieron poner una sola bala en el respetable radio de la diligencia, la cual echó a andar nuevamente. Y después de relevar el ganado en Amozoc llegamos felizmente a Puebla. (Martínez Villergas 1859:10-11)

La segunda escena tiene lugar en la propia ciudad de México y está protagonizada por el que será un tipo costumbrista propiamente mexicano, el lépero. Relata con fino humor cómo tras un aguacero tuvieron que pasar las aceras a hombros de los léperos:

Tal es el nombre que dan en Méjico a los hombres que en buen español constituyen la canalla, la hez de la sociedad, no ya por su condición miserable, sino por sus perversos instintos y abominables costumbres. [...] Dichos léperos, mal vestidos, estudiadamente desaliñados, llevando siempre abiertos por los lados externos los pantalones de arriba abajo, sin más objeto conocido que el de enseñar unos mugrientos calzoncillos, [...] suelen ofrecerse, mediante un real, a pasar en hombros, de unas aceras a las otras, a los transeúntes que no cuentan con mejor y más seguro vehículo. Pero, por no dejar de ser léperos, acostumbran a arrojar la carga en lo más profundo del arroyo, ya suponiéndose agraviados con el peso del que va encima, ya fingiendo un tropezón que disculpe la caída. (Martínez Villergas 1859:23).

Pero la particularidad de este libro de viajes no está en su contenido costumbrista, ni en la calidad de su pintura del paisaje, pues la finalidad esencial del escrito no es la recreación del viaje, sino que este es un pretexto para la justificación de los acontecimientos vitales y de la represión política vivida por Villergas y causada por la imposibilidad de callarse una crítica, lo que fue una constante en

la vida del satírico. Por eso, las referencias políticas son un elemento sustancial del texto en dos aspectos: la férrea defensa del papel de los españoles en Hispanoamérica, en línea con el españolismo y la crítica del movimiento independentista hispanoamericano de algunos de los liberales españoles del momento y la explicación de la represión sufrida por Villergas en México.

La defensa de los españoles en Hispanoamérica, el fuerte sentimiento imperialista del escritor le hace valorar extremadamente la figura de Hernán Cortés y sentirse muy cercano y apoyado por los españoles que viven en México. El relato del viaje se ve salpicado desde la llegada a México ciudad y sobre todo en las páginas finales, por el agradecimiento del autor a todos los españoles y mejicanos que le ayudaron a pasar los difíciles trances por los que atravesó.

Su postura colonialista ante las naciones americanas, así como la salvaguarda del honor nacional español, especialmente su oposición al independentismo cubano, hasta cierto punto resultaba chocante con su republicanismo (Wright, 2007:16:36) y en este libro de viajes se manifiesta en algunas críticas a la mala organización de los asuntos sanitarios en Cuba y México, la censura de los malos caminos por los que tiene que transitar en México, y una exaltación épica de los logros de los conquistadores españoles.

Dentro de esa nómina de españoles a los que Villergas se siente agradecido, le merece una atención especial el gran cicerone, fallecido a causa de la fiebre amarilla o el vómito negro, en noviembre de 1858, Cipriano de las Cajigas: “joven español apreciable por su claro talento y más todavía por su carácter el más servicial y simpático que he conocido en mi vida.” (Martínez Villergas 1859:14)².

² No quiero dejar de mencionar la fraternal amistad que unió a José Zorrilla con Cajigas, a quien se refiere en varios momentos de sus Recuerdos del tiempo viejo. A él debía Zorrilla la impresión de dos mil ejemplares de los dos tomos de Granada, que Cajigas imprimió y quería vender en México, pero una reimpresión en mal papel vendida a un bajo precio y editada por un hermano de Ignacio Boix que Cajigas encontró al llegar a México con sus ejemplares de Granada, hizo que el negocio fracasara. El hecho de que Cipriano Cajigas jamás hablara a Zorrilla de tal asunto, ni censurara esa edición de Boix era uno de los motivos de admiración de su persona por el vallisoletano autor del Tenorio. Es destacable la coincidencia en un mismo tiempo y en un mismo lugar, Cuba primero y México, en 1858, de dos escritores vallisoletanos que se prodigaron una enconada enemistad como fueron Villergas y Zorrilla.

Como vengo señalando, una de las peculiaridades de este relato de viaje es la gran cantidad de páginas dedicadas a la política. Junto con críticas explícitas al sistema político mexicano y sus dirigentes, a los que acusa de falta de veracidad, hay dos cuestiones en las que Martínez Villergas hace hincapié. La primera de ellas es la valentía de los conquistadores españoles y la encendida defensa del imperialismo español, que se centra en la exaltación de la figura de Hernán Cortés y su valor, así como el de sus capitanes. Señala sobre Pedro de Alvarado que fue: “uno de los más esforzados capitanes que ha tenido el ejército español.” (Martínez Villergas 1859:25), refiere con todo lujo de detalles el arrojado de Hernán Cortés cuando, tras la muerte de Motezuma, emprendió su retirada de Méjico, poniendo de relieve el amor paternal que profesaba a sus soldados, que le llevó a salvar la vida de muchos de ellos a costa de su propia salud. Esta explicación de la retirada de Cortés concluye con un elogio al *Árbol de la Noche triste* y lo que simboliza y con un comentario de exaltación del espíritu español:

no quisimos retirarnos sin llevar también algún recuerdo y sin tener la honra de sentarnos a descansar un rato en la misma piedra donde, según la tradición, se sentó el ilustre hijo de Medellín, [...]si bien consolándonos con la idea de que el mismo Cortés, después de verse aniquilado, por decirlo así, no contando sino con un puñado de hombres, pues no pasarían de cuatrocientos y estos afligidos por el cansancio y el hambre, derrotó completamente a más de cien mil mejicanos que habían salido a estorbarle el paso en el valle de Otumba. (Martínez Villergas 1859:28).

Paralelamente a la defensa encendida de la figura del héroe Cortés encontramos la crítica de los independentistas mexicanos, como el cura Hidalgo, al que se refiere cuando relata los pormenores de la fiesta de la Independencia, el 16 de septiembre, y que califica como un individuo de suma crueldad: “poco después el cura Hidalgo volvió a la casa de donde acababa de salir y donde hizo degollar inhumanamente a todos los que en ella se encontraban, es decir,

Una íntima enemistad que se prolongó a lo largo de muchos años (Gutiérrez Sebastián 2018:241-253).

a los que durante muchos años habían sido sus mejores amigos y contertulios.” (Martínez Villergas 1859:35).

El segundo elemento de tipo político, esta vez centrado en los avatares personales de Villergas, es el relato de la represión sufrida, así como la retirada del periódico que acababa de fundar con éxito, *Don Junípero*. Ya había aludido en anteriores momentos del relato a la calamitosa situación de la prensa mexicana y de sus periodistas, pero será a partir del capítulo VI cuando explique a los lectores que esta situación le había movido a fundar un periódico. Esta es probablemente la principal finalidad del texto que nos ocupa, aunque haya esperado el escritor a las páginas finales del mismo para revelárnosla.

Martínez Villergas explica que ese número de *Don Junípero* contenía una crítica al discurso pronunciado por el doctor Sollano en la apertura de la biblioteca de la Universidad Pontificia de México. Esta institución había sido cerrada por el gobierno liberal en 1857, por el presidente Ignacio Comonfort. Al año siguiente, ya con Benito Juárez como presidente de la República, la Universidad fue reabierta y el rector José María Díez de Sollano, obispo de origen leonés y profundamente conservador, pronunció un Discurso que Martínez Villergas escuchó durante su estancia en México. Lo que el satírico califica como una mera crítica literaria a un discurso al que había descrito en expresión quevedesca como “eterno, puesto que no tenía ni principio ni fin,” (Martínez Villergas 1859:18), debió de ser un punzante escrito, pues como relata el vallisoletano, le valió el cierre de su periódico, y la orden de salir de México, que no cumplió, pues permaneció cuatro meses en casa de su amigo don Juan de la Fuente, hasta que regresó a La Habana y continuó con sus actividades periodísticas.

En conclusión, como es habitual en la literatura de viajes, *Viaje al país de Motezuma* se trata de un texto misceláneo: fragmentos de descripción paisajística, especialmente por los volcanes, sátira y crítica política, narración episódica de aventuras, escenas costumbristas protagonizadas por tipos, recreación del pintoresquismo de ropas y costumbres de México, alusiones encendidas al españolismo y a la censura de los intentos independentistas de las nacientes repúblicas latinoamericanas...Elementos que conforman una obra que es pertinente rescatar para el canon de la literatura romántica y que, dentro de una labor de revisión, estudio y valoración de la obra de Martínez Villergas puede resultar de interés.

Bibliografía

ALBURQUERQUE García, Luis (2014): “La literatura de viajes a través de la historia: reflexiones sobre el género relato de viajes”, *HispanismEs*, número 3, (I), pp.253-263.

ALONSO CORTÉS, Narciso (1910): *Juan Martínez Villergas. Bosquejo biográfico-crítico*. Valladolid: Tipografía del Colegio Santiago.

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (1995): “Las ideas de Martínez Villergas sobre la risa en *La risa. Enciclopedia extravagancias*” en *La sonrisa romántica (sobre lo lúdico del Romanticismo hispánico)*, *Romanticismo: actas del V Congreso*, Nápoles, 1-3 de abril de 1993, Roma :Bulzoni, pp. 9-15.

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2011): “Imagen y texto: el Parnaso español del siglo XIX entre Esquivel y Ferrer del Río”, en Borja Rodríguez Gutiérrez y Raquel Gutiérrez Sebastián (eds.), *Literatura ilustrada decimonónica. 57 perspectivas*, Santander: PubliCan, Publicaciones Universidad de Cantabria, 2011, pp. 41- 64.

ANDREU MIRALLES, Xavier (2019): “Sátira y política en el primer republicanismo. Los tres juicios de Juan Martínez Villergas (1840-1854)” en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo: Revista del Grupo de Estudios del siglo XVIII*, número 25 (2019) Ejemplar dedicado a: *De Cartas Españolas a los Episodios Nacionales: los imaginarios de la nación*, pp. 97-114.

CANTERO, Víctor (2005): “Martínez Villergas o cómo frenar los excesos del drama romántico: análisis de la parodia *Los amantes de Chinchón*”, *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, número 23, (2005), pp.25-48.

COLOMBI, Beatriz (2004): *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, Rosario: Beatriz Viterbo editora.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1972): “El satírico Villergas y sus andanzas hispanoamericanas”, *Anuario de Letras*, X, (1972), pp.133-151.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (1973): “Juan Martínez Villergas y un cuadro de Esquivel”, *Revista de Estudios Hispánicos*, VII, (1973), pp.179-192.

GARCÍA TARANCÓN, Asunción (1997): *La sátira literaria poética en el siglo XIX: Juan Martínez Villergas*, Tesis doctoral, Microformas, Barcelona: Universidad de Barcelona.

GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel (2017): “Un satírico vallisoletano en París, Juan Martínez Villergas en *El correo de Ultramar*” en *La literatura española en Europa, 1850-1914*, coordinado por Ana María Freire y Ana Isabel Ballesteros Dorado, Madrid: UNED, pp.265-278.

GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel (2018): “Enemigos íntimos: Martínez Villergas frente a Zorrilla” en *Zorrilla y la cultura hispánica*, Valladolid: Wisteria, pp.241-252.

GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel (2020): “Juan Martínez Villergas” *Diccionario de autores literarios de Castilla y León* (en línea), dirección y edición María Luzdivina Cuesta Torre, León: Universidad de León. DOI: <https://doi.org/10.18002/DALCYL/v0i16>.

MARTÍNEZ VILLERGAS, Juan (1859): *Viaje al país de Motezuma*, adición en las páginas finales de la novela, *La vida en el chaleco. Novela original de costumbres no menos originales, escrita y dedicada a los habitantes de la Isla de Cuba por Juan Martínez Villergas*, Habana: Librería e imprenta El Iris, de Majín Pujolá y Compañía.

MARTÍNEZ VILLERGAS, Juan (1991): *Textos picantes y amenos*, edición y estudio de Arturo Martín Vega, Valladolid: Junta de Castilla y León.

ORTEGA RUBIO, Juan (1893): *Vallisoletanos ilustres*, Valladolid: Luis N. de Gaviria.

PEÑATE RIVERO, Julio (2004): “Camino del viaje hacia la literatura” en *Relato de viaje y literaturas hispánicas*, Madrid: Visor libros, pp.13-28.

THION SORIANO-MOLLÁ, Dolores (2016): “Juan Martínez Villergas, poesía y sátira de costumbres” en *La tribu liberal: el Romanticismo a las dos orillas del Atlántico*, coord. por José María Ferri Coll y Enrique Rubio Cremades, Madrid: Iberoamericana, pp. 215-232.

TODOROV, Tzvetan (1978): *Les genres du discours*, París: Seuil, 1978.

WRIGHT, Amy E (2007): “Entre España y las Américas, el liberalismo y el colonialismo: el caso del trotamundos transatlántico Juan Martínez Villergas (1817-1894)” en *Siglo Diecinueve*, número 13, pp. 19-36.